

Muerte de un ciudadano por encima de toda sospecha

ANTONIO-PROMETEO MOYA
Lengua de Trapo. Madrid, 2012
240 páginas, 23 euros

En los tiempos de nuestra democracia naciente fue Antonio-Prometeo Moya (Montiel, 1949) uno de los nuevos valores más notables de la narrativa española. *Retrato del fascista adolescente*, *Ópera ibérica* o *La loba* lo colocaron en lugar destacado dentro de un amplio proceso de innovación formal. Un largo silencio cortó tan prometedor arranque y su regreso a la novela hace pocos años nos pasó inadvertido a casi todo el mundo. Muchos ni siquiera vimos sus libros penúltimos. Sería una pena que tal olvido continuara con la interesante *Muerte de un ciudadano por encima de toda sospecha*. Como el tiempo no pasa en balde, no queda demasiado del narrador un tanto espeso que Moya fue hace tres decenios. Aunque pervivan el gusto por la inventiva y la estructura exigente, hoy ha eliminado la lectura algo dificultosa y se ha decantado por una historia clara, a

pesar de un arranque trufado de enigmas que permanecen hasta el desenlace. En cierto modo, se trata de un relato de suspense y acción, elementos atractivos pero instrumentales para que descanse sobre ellos una esperpéntica crónica de actualidad. Ese sorprendente comienzo refiere las sucesivas y encadenadas muertes en 2008 del constructor barcelonés Josep Pujol Le Mans. El luctuoso suceso da pie a la entrada en el escenario—se trata de un relato de fuerte ideación teatral—de la familia y de algún amigo estrecho del difunto. Con la peripecia biográfica de Pujol y con la red de anécdotas de los allegados, la novela acomete una muy crítica revisión de la clase empresarial catalana, y por extensión española, del presente y pasado inmediato, a la vez que

La mezcla de lo documental y lo inventado produce aquí un curioso relato, híbrido de ficción y reportaje, duro, aleccionador y muy divertido



ARCHIVO DEL AUTOR

escarba sin contemplaciones en sus raíces en la posguerra.

La retórica en torno a Pujol, “empresario ejemplar” e “insoportable capitán de empresa”, funciona como hilo conductor de un desnudamiento implacable de la alta burguesía, con sus bifurcaciones por los negocios, la política y la moral. Para dar cuenta de la situación, Moya dispone un planteamiento argumental afortunado. El narrador es un escritor que recaba información “para escribir una novela sobre el hundimiento moral y físico de Barcelona”. De ahí la curiosa doble deriva que toma el relato. Por una parte, es una novela de descripción un tanto tradicional de las formas de vida, el pensamiento y las actitudes de un grupo social bien acotado, algo

como lo que hicieron en su momento los narradores decimonónicos críticos con la burguesía. En síntesis, Moya recrea las intrigas de un puñado de familias nada ejemplares. Por otra parte encontramos una crónica testimonial, casi directa, incluso con mucho de divulgación histórica, de un tiempo tan actual que se habla de crisis con explícita referencia a las aflicciones que estos días nos tienen en vilo. No consiste solo en el sustrato ambiental que las novelas suelen utilizar como fondo del argumento, sino en auténticos excursos informativos llenos de detalles ciertos que recapitulan la historia española cercana.

El mismo léxico apunta con claridad la intención crítica que mueve al autor: *apaños*, *trapicheos*, *chanchullos*, *pájaro de cuenta*, *braguetazo*, *artistas del timo* y *la estafa*, *gatuperio*, etc., etc. Estas voces delatan qué grado de corrupción generalizada significan los hechos imaginarios. La mezcla de lo documental y lo inventado produce un curioso tipo de relato, híbrido de ficción y reportaje. El duro retablo resulta, además de aleccionador, muy divertido. Todo—negocios, política y cultura—está visto con un jocoso aire festivo y se cuenta con burlas, ironías y sarcasmos.

SANTOS SANZ VILLANUEVA

El final de una pasión

ANA MARÍA NAVALES
Bartleby. Madrid, 2012. 240 páginas, 16 euros

Poder reencontrarse con la escritora y profesora Ana M^a Navales (fallecida en 2009) en una obra póstuma es grato y dulce, y sirve, al mismo tiempo, para reforzar su presencia y recordar su ausencia; para retornar

al estilo de su actividad narrativa y al mundo de Bloomsbury—territorio mítico gracias a sus cuentos—, a los seres que lo habitaron, y al gran personaje que supuso para su obra (con su obra) la personalidad creadora de Virginia Woolf. Nadie que haya entrado en esos cuentos puede negar que ha sentido la voz de las personalidades allí convocadas;

nadie puede negar la fascinación que siguen provocando esos relatos irrepetibles.

Prolongar aquel placer es posible si uno se acerca a este último título de la autora aragonesa, interrumpido por su muerte y recuperado para su edición (con acierto y con mimo) por la poeta y profesora Marta Angulo, quien respetó el texto aportando sólo, según confiesa, correcciones de puntuación y alguna “menudencia” de estilo. *El final de una pasión* es su título, y sugiere un último paseo por Bloomsbury y por el

Azulejo (un niño en la gran tormenta)

FRANCISCO FERNÁNDEZ-SANTOS

Huerga & Fierro. Madrid, 2012

225 páginas, 16 euros

Francisco Fernández-Santos (Los Cerralbos-Toledo-, 1928) ostenta una dilatada trayectoria como ensayista e impulsor y colaborador de revistas culturales tan importantes como *Índice de Artes y Letras*, *Cuadernos del Ruedo Ibérico* o *El Correo de la UNESCO*. Su obra narrativa, en cambio, es más reducida y también menos conocida, aunque comprende dos excelentes libros de relatos. Este volumen que ahora ve la luz recoge algunos lances del niño llamado Azulejo, debido al color de sus ojos, en un pueblo toledano durante los años de la guerra civil –aquí calificada reiteradamente de “incivil”– y de la primera posguerra. Las coincidencias entre las circunstancias del personaje y las del autor que lo evoca son tan patentes que el lector puede sentir la tentación de leer esta obra como un libro de memorias, un relato de los años infantiles del autor en los tiempos más oscuros que sufrió nuestro país en el siglo XX. Y claro está que el trasfondo histórico exis-

te, aunque se trate más bien de lo que Unamuno denominaba intrahistoria. Pero, en primer lugar, no se ha pretendido hilvanar cronológicamente unos hechos, sino componer escenas, estampas aisladas, que el narrador denomina reiteradamente (pp. 156, 173, 199, 210) “episodios personales”, es decir, evocaciones íntimas, muy diferentes del gran fresco colectivo de los episodios galdosianos. Por otra parte, el propio autor advierte acerca de la naturaleza engañosa de la memoria, que selecciona una parte de la realidad, a sabiendas de que el yo personal que evoca es “otro yo que no se deja descubrir sino con un esfuerzo de memoria pero, sobre todo, de imaginación, la misma imaginación a la que recurre el narrador para hacer vivir a sus inexistentes personajes”, puesto que “el territorio que se trata de descubrir es un ámbito muy fragmentado y difuso en el que la memoria” ha de poner unos hitos orientadores y limitantes, y es la imaginación [...] la que completa las muy frecuentes zonas ignotas” (p. 13). Historia vivida, pues –y testimonio personal de una época durísima–,

pero también recreación literaria de sensaciones y recuerdos que configuran la formación sentimental de un niño camino de la adolescencia. Por eso algunos episodios tienen relación directa con las circunstancias bélicas de esos años –la llegada del general Yagüe, la amistad de Azulejo con el soldado alemán de la legión Cónдор, el grotesco intento del jefe local de Falange de encerrar a los dos niños en el calabozo por “desafectos” o la emotiva historia de Baracalofi–, pero otros evocan juegos, travesuras infantiles, sabores y paisajes profundamente arraigados en la me-

CHARO FIERRO



moria, rememorados con la precisión y la exactitud de los recuerdos indelebles (la gran encina, la visita al cuadro del Greco en Toledo, las expediciones nocturnas para hurtar fruta de huertos ajenos).

Todo esto posee entidad suficiente por sí mismo, aunque el autor haya creído necesario anteponer un prólogo, casi todo él en forma dialogada, entre el yo autorial y el yo evocado que subraya la distancia temporal entre ambos y justifica que uno pueda ver al otro como alguien ajeno e incluso extraño. Lo cierto es que no resultaba imprescindible esta introducción, en la que el autor se deja llevar por su tendencia al ensayismo y a la teorización, adaptando, además, la idea unamuniana de las relaciones paternofiliales, desarrollada por el Rector de Salamanca en muchas páginas de *Cómo se hace una novela* o en el relato *La novela de don Sandalio, jugador de ajedrez*, entre otros lugares. Pero no es cosa de cuestionar la aparición de estos ribetes teóricos –siempre agudos–, separados, además, del cuerpo de una obra cuyo interés radica en otras razones. **RICARDO SENABRE**

estado de ánimo de la escritora protagonista. Lo que puede leerse en estas páginas es un ejercicio de metaliteratura al convertirse la autora en la narradora de una ficción que relata cómo, yendo tras el rastro de aquellos lugares “donde habitaron los bloomsburies”, encontró un manojo de cartas entre Virginia y su hermana Vanessa; en realidad confesiones cruzadas durante el verano de 1940.

Sobre ese motivo el libro se convierte en un testimonio que descubre intimida-

des y “chismes de amigos”, así como obsesiones, rivalidades y afectos de esas dos mujeres de educación victoriana (a su pesar), que buscaron en el arte y la literatura un espacio de libertad que sirviera de refugio a sus respectivos anhelos. Siguiendo con la ficción, junto a ese supuesto legajo, otros papeles, con la voz única de la propia Virginia, pedían ser publicados si alguien los encontraba. Con ellos reparamos la poética de la escritora inglesa. De ellos concluimos que dos sensibilidades,

dos lenguajes, se solapan. Lo leemos en cómo la narradora construye el ánimo hundido del personaje, su forma de “soportar” la vida; su figura tantas veces rota... No hay duda de que en la inglesa encontró Navales su mejor tono narrativo. Este libro pone la palabra “fin” a esa búsqueda incansable de adjetivos para una personalidad sustantiva: “contradictoria, desgarrada y tierna, ingenua y aguda, mordaz y cándida”. Ambas lo fueron, cada una en su estilo: dos autoras irrepetibles. **PILAR CASTRO**